

Capítulo

— II —

El escándalo de la pobreza

3 0,000 niños mueren diariamente en el mundo por causas ligadas a la pobreza. Resalta la ONU: “La tortura de un sólo individuo despierta la indignación de la opinión pública, con justa razón. Pero la muerte de más de 30,000 niños por día, por causas fundamentalmente prevenibles, pasa inadvertida. ¿Por qué? Porque esos niños son invisibles en la pobreza” (Informe sobre desarrollo humano 2000). La esperanza de vida era, en 1997, en los 26 países más ricos, 77 años, en los 49 países más pobres sólo 53 años, 25 años menos. Cada año mueren 500,000 mujeres en el embarazo o al dar a luz, el 99% en los llamados “países en desarrollo”. La pobreza no es una abstracción estadística. Se expresa en la vida cotidiana. Como señalara Peter Townsend, en definitiva, “la pobreza mata”.

En América Latina, donde casi la mitad de la población es pobre, entre otros aspectos, se manifiesta en el plano más básico, la alimentación. Resaltan en informe conjunto la Organización Panamericana de la Salud (OPS) y la CEPAL: “Se observa en casi todos los países de la región un incremento en enfermedades no transmisibles crónicas asociadas con alimentación y nutrición. Las medidas de ajuste implementadas por los países han afectado la disponibilidad nacional de alimentos y han tenido repercusiones negativas sobre el poder de compra de los grupos más pobres, amenazando la seguridad

alimentaria". El Fondo de Población de la ONU refiere que entre 1990 y 1997 descendió el consumo total de calorías *per cápita* promedio en América Latina.

La pobreza masiva constituye un escándalo en un mundo que ha alcanzado posibilidades excepcionales de producción de bienes y servicios. Los acelerados descubrimientos en biotecnología, genética, ciencias de los materiales, comunicaciones, y otros campos han disparado las potencialidades productivas. Sin embargo, no llegan a incidir en la vida cotidiana de los pobres y, por el contrario, su número crece (son 4,100 millones actualmente). Detrás de la pobreza hay una aguda desigualdad que la genera, la reproduce y la amplía. Las 200 personas más ricas tenían, en 1999, 1,135,000 millones de dólares, mientras que del otro lado los 582 millones de habitantes de los países más pobres sumaban un producto bruto total de sólo 146,000 millones.

La pobreza no es sólo carencia de recursos económicos, ella es una de sus dimensiones centrales, pero hay otras de gran trascendencia, cuando se le pregunta a los pobres las ponen a foco. Un reciente trabajo de investigación del Banco Mundial "Las voces de los pobres", realizó una encuesta a 40,000 pobres de 50 países del mundo, es la primera visión en gran escala de la pobreza desde la perspectiva de sus víctimas. Internémonos en sus resultados. ¿Qué piensan los pobres? Primero, opinan que están peor que antes y con más inseguridades. Segundo, no les preocupa sólo la falta de trabajo y de ingresos estables. En muchos casos tienen carencias además en otros planos muy básicos como agua potable, instalaciones sanitarias, transportes y caminos. Así en América Latina, según la OPS, el 32% de la población no tiene agua potable y/o alcantarillado. También les resulta muy difícil, por mayor voluntad que pongan, que sus hijos puedan terminar estudios primarios. La necesidad de que trabajen para contribuir al misérrimo presupuesto familiar, la desnutrición y otros males de la pobreza generan altas tasas de deserción y repetición. Los pobres resaltan especialmente que la pobreza está acabando con sus familias. Sus embates hacen muy difícil sostener la unidad familiar. También se advierte un aumento de la renuencia a formar una familia ante las incertidumbres agudas respecto a su sostenimiento. Un aspecto central de su vivencia de la pobreza, que los afecta especialmente, son los atentados permanentes a su dignidad humana, sufren maltratos continuos, en primer lugar, de las fuerzas policiales, son vistos por diversos sectores de la sociedad como seres inferiores; su cultura, sus valores, sus creencias, son descalificados. Ilustrando hasta donde pueden llegar los niveles de deshumanización, en Brasil, los más pobres de los pobres, los niños de la calle, que son objeto de continuas operaciones de exterminio y hostigación según lo ha denunciado el Papa Juan Pablo II y numerosos organismos internacionales y nacionales, han sido denominados por sus atacantes "los descartables".

Al preguntarles a los pobres sobre qué credibilidad les merecen las diversas instituciones y grupos de la sociedad, ven con profunda desconfianza a la gran mayoría. En la cabeza de su tabla de credibilidad, a gran distancia de cualquier otra institución, colocan a las organizaciones de base de los mismos pobres. Explican que en ellas es donde han encontrado comprensión y apoyo real. Sienten que al fortalecerse esas organizaciones y ellos mismos participar en ellas, allí comienzan a recuperar su dignidad humana.

De la investigación surge con nitidez un rasgo sobresaliente de la situación de pobreza. Los pobres carecen de voz y poder, no se los escucha, con frecuencia ni siquiera se tiene interés en escucharlos, y su peso sobre procesos de decisiones que los afectan severamente, es ínfimo. El trabajo recomienda que se deben invertir recursos en fortalecer a las organizaciones de los propios pobres. Ello implica, entre otros aspectos, ayudarlos a construirlas, facilitar su existencia jurídica, dar oportunidades de capacitación a sus líderes, respetar y dar posibilidades de expresión a su cultura. A la misma conclusión llega la ONU en su Informe sobre la pobreza 2000. Resalta que "... Una fuente central de la pobreza es la carencia de poder de los pobres". Plantea que organizados los pobres tendrán más influencia en los gobiernos locales, habrá que rendirles cuenta y podrán formar coaliciones con otros sectores de la sociedad civil para presionar por políticas más adecuadas.

Las experiencias corroboran ello. En América Latina, en los casos en que los pobres lograron desarrollar organizaciones sólidas de base, los resultados fueron distintos para ellos. Tal entre otros el caso de Villa El Salvador de Perú, donde más de 350,000 pobres construyeron un municipio entero, con base en su participación y autogestión, y obtuvieron avances notables en educación, salud y otros aspectos básicos. La experiencia se hizo acreedora de algunas de las más importantes distinciones mundiales. O el de la organización de los indígenas ecuatorianos que les permitió ser escuchados en decisiones de fondo en dicho país. En esos y otros casos los pobres, a través de su autoorganización participativa, además de obtener mejoras materiales, reconstruyeron su autoestima individual y colectiva.

La pobreza tiene estas múltiples dimensiones, no es sólo una cuestión de carencias económicas, entraña una violación de derechos humanos en gran escala, derechos como el acceso a salud, a constituir una familia y tener estabilidad para ella, a nutrición, a educación, a trabajo, a la propia cultura, a ser escuchados, a participar.

La visión económica circulante argumenta que, a pesar de todo, no hay que desubicarse, todos los esfuerzos deben ponerse en el puro crecimiento económico, aunque ello genere en lo inmediato más pobreza, porque a la larga el crecimiento se derramará y

sacará a los pobres de la pobreza, sus tesis se hallan hoy en colapso frente al aumento continuo de la pobreza. Trabajos recientes de la ONU y del Banco Mundial dicen que no basta el crecimiento, que hay un tema fundamental que es la calidad del mismo. Las preguntas son: ¿dónde va el crecimiento?, ¿cuáles son las prioridades?, ¿a quién beneficia? Así en América Latina, sumida en tan grandes brechas de desigualdad, si ellas no cambian, no llegará a los pobres. Hoy en promedio la mitad del ingreso nacional de cada país, va sólo a un 15% de la población. En Brasil, el 10% más rico es propietario del 46% del ingreso nacional, mientras que el 50% de la población sólo tiene el 15%. En Argentina las cifras de desigualdad han escalado en la década del 90 y han incidido fuertemente en el ascenso de la pobreza, que ha conducido a que en un país con tantas potencialidades de todo orden, según se estima un 35% de la población y un 45% de los niños estén en pobreza.

La pobreza no es una maldición inevitable, es producto de decisiones y políticas humanas, enfrentarla requiere cambios en reglas de juego internacionales y en políticas nacionales. Entre las primeras, numerosas voces claman hoy por cuestiones como la apertura real de mercados a los productos de los países en desarrollo, el alivio efectivo de la deuda externa, el aumento de la ayuda internacional. Casi increíblemente, en una época de tanta prosperidad en el mundo desarrollado, la ayuda para el desarrollo se ha reducido en los últimos 10 años y está en uno de los niveles más bajos de los últimos 50 años. A nivel nacional urge, entre otros aspectos, crear empleos apoyando decididamente a la pequeña y mediana empresa, democratizar el crédito, practicar políticas sociales agresivas, universalizar salud y educación de buena calidad, impulsar reformas fiscales de signo progresivo, empoderar a los pobres apoyando la creación y fortalecimiento de sus propias organizaciones.

El mundo en su conjunto y, América Latina en particular, debería estar muy atento a reflexiones cada vez más frecuentes, como la que formuló en estos días Felix Rohatyn, embajador de Estados Unidos en Francia: "Para sostener los beneficios (del actual sistema económico) en Estados Unidos y globalmente tenemos que convertir a los perdedores en ganadores. Si no lo hacemos, probablemente todos nosotros nos convertiremos también en perdedores"(Financial Times, 17sep2000).